

“La Pesca”



© Copyright Miguel Ángel Arcel
Digitalizado en ebook en 2009
marc@angelred.com

Se autoriza para que el presente ebook pueda distribuirse libremente en la red internet en forma gratuita. Cualquier otra publicación sobre cualquier otro soporte de edición y reproducción está sujeta a la revisión y autorización por escrito del autor.

"En cuanto a la adversidad, difícilmente la soportarías si no tuvieras un amigo que sufriese por ti más que tu mismo." Marco Tulio Cicerón

Era una noche bastante serena. El cielo se mostraba realmente glorioso, plagado de diminutas luces llamadas estrellas entre el oscuro espacio infinito, llamado, misterio.

En aquella casa, un grupo de amigos, estaba reunido en torno a una mesa sobre la que quedaban restos de migas de pan, vasos y botellas. Habían cenado informalmente y ahora estaban hablando alegremente sobre sus anteriores días de adolescentes. Jorge siempre había sido el más gordo de todos, tenía muy buen humor y sus risas resonaban en todo el lugar contagiando a los demás de su alegría. Estaba casado con Laura, mujer ingenua, aunque muy inteligente a pesar de no parecerlo. Se habían casado después de terminar la escuela secundaria, tenían unos diecinueve años cada uno en aquel entonces, entonces que debe entenderse como diez años de haber dado el sí. Con ellos estaban también otros tres ex – compañeros de escuela., Marcela, Fabián y Néstor.

Marcela y Fabián se habían casado hacía dos años mientras que Néstor continuaba soltero. Lo común entre todos era que ninguno tenía hijos aún. Jorge y Laura hacía tiempo que intentaban quedar embarazados pero ninguno de los dos se animaba a responsabilizarse de tal hecho. Marcela y Fabián habían convenido en no tener hijos hasta que pudieran mejorar económicamente y así poder hacer frente a todas las necesidades que sobrevienen después de la llegada de un hijo, aunque era su mayor anhelo.

Néstor era un ser bastante extraño para quien lo conociera por primera vez, pues su aspecto hacía suponer a un loco, a un bohemio o a un estúpido. Siempre estaba callado y cuando hablaba parecía que decía cosas ajenas a cualquier realidad. Dos días antes de la reunión Jorge lo encontró en el centro mientras salía de su trabajo y le comentó que ese mismo día se reunirían en su casa para cenar y compartir buenos momentos, así que creyó una buena idea invitarlo a él también, pues él había sido parte de aquellos días de estudios.

Jorge, Fabián y Néstor habían sido los mejores amigos en tiempos de escuela, inseparables para toda ocasión. De vez en cuando solían tomarse el buque, como decían ellos, y se iban a pescar o nadar, o hacer turismo aventura como mochileros haciendo

dedo con rumbo a cualquier lugar, pero con poca suerte, pues nadie quería llevar a unos adolescentes desconocidos. La manera de ser de Néstor podía ser un poco excéntrica entre la algarabía simple de los demás pero todos lo conocían bien y le tenían un gran aprecio.

Esa noche recordaron todas sus hazañas, tanto en los días de escuela como en aquellos días en que las vacaciones los volvían a reunir para divertirse. De tanto relatarse historias ya conocidas por todos, se habían puesto nostálgicos. Lógico momento que llega después de algunas copas de sobremesa aunque ninguno había caído en borrachera alguna.

De pronto, a Jorge, se le ocurrió la idea de ir cualquier fin de semana que estuvieran disponibles sus amigos de siempre a pasar unos días a una isla de Tigre, propiedad de su tío Germán. Tigre es una localidad del norte de la provincia de Buenos Aires a orillas del Río de la Plata, pero más allá de sus costas existen cientos de islas sobre el estuario donde convergen el río Paraná y el río Uruguay imponiéndose lotes llamados islas donde los habitantes han construido casas de tipo lacustre con residencia permanente algunos, y de turismo otros.

-¡Y qué tal si el domingo que viene nos vamos a la isla de Tigre! –exclamó Jorge.

-Buena idea esa de alejarse un poco del ruidoso mundo ciudadano –dijo casi reflexivamente Néstor.

-¡Pero si a vos nunca te gustó ir de pesca, Néstor! ¿No decías que eso de pescar era un crimen? –apuntaba Fabián mientras todos se reían de la excéntrica manera de ver las cosas de Néstor.

-Es verdad. Yo decía y digo normalmente eso. Pero cuando Jorge dijo que podríamos ir al Tigre, no dijo exactamente que fuésemos a pescar. Esa es una idea tuya. –respondió Néstor a la casi acusación de su amigo.

-Bueno che, no se van a poner a discutir ahora para ver quien entiende lo que entiende. Si vamos a la isla es para divertirnos, para relajarnos y pasar unos lindos días. ¿Acaso cuando íbamos, no lo hacíamos también para ir a pescar? ¿Quién puede ir al río y no intentar sacar algún pececito del agua y comérselo? Está bien, a Néstor no le gusta la pesca, pero, ¿qué hay?, Él se quedaba en el agua nadando o paseando juntando frutas, claro que tenía que irse a otro lugar para no espantar los peces –comentaba Jorge mientras buscaba a Laura con la mirada que estaba en la cocina con Marcela preparando un café.

-Sí, es cierto. Y no me opongo a que vayamos otra vez allí. Sería bueno. –respondió Néstor.

-Mirá, yo creo que sería conveniente preguntarle a las mujeres para ver que opinan, ya que a lo mejor tienen algún programa diferente. –propuso Fabián.

-¿Qué? ¿De qué están hablando ustedes? –preguntó Marcela con una sonriente curiosidad, mientras Laura servía el café y se dirigía a todos con voz de coqueta autoridad.

-Sí, eso, ¡hablen!, porque mientras ustedes hacen planes, nosotras siempre somos las tontas que tenemos que decir “sí” a todo. Pero eso ya no es posible, se acabó, las mujeres tenemos derechos y los haremos respetar.

-Pero Laura, ¿por qué siempre estás a la defensiva? Siempre estás postulando todo desde tu movimiento feminista ¿Para qué?, Nosotros sólo queremos preguntarles a ustedes si el próximo fin de semana quieren ir a la isla de Tigre para descansar y pasarlo bien. Tan solo eso. ¿OK? –le respondía su marido con un aire de resignación y ofuscación.

- ¡Pero qué lástima! –se lamentaba Marcela- porque nosotras estábamos pensando en una salida independiente para el fin de semana que viene. Bueno, pero pueden ir ustedes sin nosotras, ¿Qué te parece Laura?

-Yo creo que no hay problemas. Somos personas adultas. Nos comportamos mucho mejor que cuando éramos estudiantes. –todos rieron en complicidad sabiendo que no lo habían sido nunca en esos años.

-¿Y adónde van a ir en definitiva?, todavía no lo han dicho –le preguntó Néstor a las mujeres con curiosidad y con tono desconfiado.

-No sabemos, pero después de todo, por qué tantas explicaciones. Vamos a salir de compras el sábado y luego al cine.

-Bueno, por mí pueden ir adonde quieran. Querida Laurita: el viernes a la noche nos vamos, los muchachos y yo a la isla del tío Germán. Supongo que para el lunes a la mañana estamos de vuelta, total, ese día no trabajo. -Le comunicó en tono protocolar su esposo.

Así fue que esa noche, los tres amigos decidieron salir el próximo fin de semana hacia el recordado y archiconocido Tigre. En realidad, no salieron el viernes a la noche como lo habían planeado, sino el sábado por la mañana. Ese día estaba espléndido verdaderamente. El sol brillaba con el fulgor de la primavera entrante. En el camino, a Néstor se le ocurrió comprar chocolates, lo que suscitó risas y cargadas en sus amigos. A Néstor no le importaba nada. Quería comer chocolates y lo hizo.

Llegaron a la ciudad de Tigre poco tiempo después, desde allí debían abordar una lancha que los llevaría a la isla. No llevaban demasiado equipaje. Lo necesario para pasar ese fin de semana. Las cañas de pescar y todos los demás elementos de pesca, redes, anzuelos, etc. El único que parecía mudarse de casa por lo abultado de su

equipaje, era Néstor que llevaba consigo tres bolsos de viaje. ¿Qué llevaría adentro? Era un misterio para Jorge y Fabián pero se imaginaban que además de ropa, también traería sus cuadernos de notas, sus libros, su cámara de fotos, etc. Suponían bien, porque Néstor era amante de la naturaleza y llevaba siempre sus libros a todas partes, sus cuadernos para tomar nota de todo y su cámara de fotos. Además llevaba un grabador de cassettes con varias cintas de distinta duración, zapatillas, zapatos, elementos de limpieza personal, y etcétera, etcétera.

Los tres se sentían como si volviesen a ser adolescentes nuevamente. Era casi conmovedor ver a estos tres amigos tan felices y unidos. Se los veía despreocupados, felices, ansiosos por llegar a la isla. Nada hacía suponer que esa alegría pudiese verse quebrada por nada de este mundo. En esos momentos parecía que nada pudiera opacar el brillo de la amistad ni la más mínima sombra de maldad.

Jorge se separó del grupo y fue a sacar los boletos para tomar la lancha. Al pasar cerca de una hermosa mujer, sintió deseos de ser soltero nuevamente y no dudó en murmurar un piropo cortés cuando estuvo muy cerca. Ella, no respondió ni con un movimiento de cabeza. Nada. Pero bueno, así son las cosas.

Finalmente, después de unos minutos, abordaron la lancha. Se acomodaron en sus asientos y ésta partió rumbo a la isla. Fabián no era muy valiente en el agua, y menos cuando la embarcación en la que iba se movía de tal manera que parecía podrían ser tragados hacia en el gigantesco Río de la Plata. Se sentía horriblemente mal. Se aguantó estoicamente su mareo. Jorge se reía del momento y le hacía chistes, un poco para que se olvide de su malestar, pero la descompostura de Fabián proseguía su viaje.

La isla estaba bastante desarreglada, parecía muy abandonada de la mano de algún cuidador. Desde hacía mucho tiempo nadie iba a arreglar nada, ni a cortar el césped, ni cuidar sus plantas. La casa parecía una construcción desvencijada de algún siglo anterior sin poder precisarse de cual. Al tío Germán, evidentemente, no le importaba mucho el estado de esa propiedad, ya era viejo y su salud no le permitía alejarse demasiado del centro de salud cercano a su casa. Además gastaba mucho en inversiones de caridad, tenía la convicción que de esa manera estaba pagando su futura estadía en el cielo eterno.

Cuando entraron a la casa se quedaron helados al ver el desorden, humedad, oscuridad, suciedad y frialdad que había en su interior. No les quedó más remedio que intentar arreglar ese desorden antiguo y desusado. Tenían comida enlatada por lo que después del viaje y la limpieza decidieron que ya era hora de comer.

Luego, Jorge y Fabián, quisieron dormir un poco en las camas que habían preparado, mientras que Néstor decidió salir a recorrer el lugar con su cámara de fotos y su cuaderno.

“La isla tiene un aspecto casi sobrenatural. Los árboles parecen enormes estatuas con un diseño único. El movimiento del follaje parece emitir sonidos de otro mundo. El río

corre silencioso y parecería no ser más que un enorme surco de agua si uno no supiera que entre sus ondas hay vida de todo tipo. Un universo salvaje y a la vez cálido”

Caminaba sobre el verde pasto como recorriendo una extensa alfombra mientras el sol alimentaba como una batería a todas las bujías que crecían sobre la tierra. Él mismo se sentía parte de un espectáculo del cual no podía sustraerse y la vez quería ser simplemente espectador. El aroma de naranjos y flores silvestres, el olor del río con su mezcla de acidez y dulzura de la tierra inundaban los sentidos. Néstor caminaba lentamente intentando atrapar cada sensación. Era un día de paz, un día lejos de todo lo artificial de la ciudad, quería llevarse cada trozo de información emotiva y sensación física. Oía de lejos el canto de los pájaros y dibujaba con su mirada el vuelo de ellos en la libertad de la vida. Arrancó una naranja de un árbol y la comió lentamente tratando de saborearla profundamente. Cerraba sus ojos y captaba el lugar desde el silencio interno de su ser, sabiendo que ese mundo era el mundo que también lo había creado a él.

Caminó por varias horas hasta que cansado se recostó sobre el tronco de un árbol y sacándose la camisa intentó reconocerse como uno solo con toda la naturaleza.

“He nacido en esta tierra, bajo este sol, crecí respirando este aire. Por mis venas corre sangre, roja dadora de vida, en ella está el agua, está el oxígeno, está el mineral, está la energía. Yo soy energía. ¿Cómo no he de sentirme parte de este misterio que es la vida, si en mí se abrazan todos los elementos que hacen al misterio una revelación en el mundo de la luz como lo son las plantas, los animales y las rocas?”

¿Sabe un árbol que es árbol, una paloma que es paloma?, sí, lo saben pero no saben el nombre que les doy. Saben de su ser porque entre su ser y su no ser, no se interpone el reflejo. El deseo de la naturaleza, que se contradice a sí misma, está dentro de mi mismo, esa es la ventaja y a la vez, la desventaja. Soy la contrapartida de todo esto. Soy su amigo y soy su enemigo. Soy porque la luz que el universo en sus criaturas modela también me modeló a mí. Y Dios está en mis células porque también yo soy una célula de Él. Si Dios está lejos en los cielos, yo estaría también lejos de El. Por eso lo llevo en mi alma recordando siempre que Dios está muy cerca de mi, estando yo, muy cerca de Él.

La naturaleza es armonía completa, aún con sus tormentas y catástrofes, porque esos son cambios que están fuera del alcance humano, si bien el ser humano intenta frenar esos desmanes, son después de todo, movimientos de creación y refacción en los que algo se destruye y algo se construye más allá de las voluntades humanas. Y si la naturaleza es completa armonía, el ser humano sería para la naturaleza el enfrentamiento directo a esa lógica natural. El ser humano con su conciencia e inteligencia sería entonces, la patología del estable universo, porque siempre intenta cambiarla, modificarla y someterla.”

Néstor yacía acostado sobre la tierra, ni siquiera había hierbas debajo de él. Por eso eligió ese árbol. Quería sentir el poder de la tierra en todo su cuerpo. El calor de la

tierra entrando por su columna vertebral. El cielo estaba clarísimo, celeste, diáfano. Un abismo inverso lleno de luz, y sus ojos recorrían puntos sin precisión.

“El ser humano tiene la capacidad de reflexionar, esa capacidad de reflejar en su mente aquellas cosas que percibe, y como su principal herramienta de percepción son los ojos, la mirada se convierte en un haz que trae de vuelta a la mente lo que ve de la misma manera que los murciélagos emiten sonidos que rebotan en los objetos y en su mente se forma la imagen de la cosa en sí, solo que los ojos devuelven luz a la vez que emiten luz. ¿Por qué mis ojos captan esas vibraciones cromáticas y no otras? Tal vez para otro ser, lo que para mi es celeste, para sus ojos puedan ser gris u otro color, porque sus ojos emiten otra luz que regresa al punto de partida con la información sobre un canal propio que no es compartido con otros seres. ¿Yo veo distinto a ellos o ellos ven distinto a mí? ¿La razón es mía o es de otros?”

El viento acariciaba lentamente las hojas de los árboles. Néstor estaba extasiado dejándose llevar por sensaciones en la natural habitación abierta del momento. Siguió allí hasta que el sol empezó a debilitarse en el horizonte. Entonces decidió volver. Se cubrió el cuerpo con sus ropas y emprendió nuevamente la marcha rumbo a la cabaña.

Eran aproximadamente las seis y media de la tarde. Jorge y Fabián se encontraban en plena tarea de preparar las redes y las cañas de pescar, cuando de pronto lo vieron llegar al bohemio de Néstor acercándose con paso cansino, sonriendo y sin decir palabra. ¿Adonde se habría metido este loco durante toda la tarde? Se preguntaban. Pero como conocían sus excentricidades solo le preguntaron qué sacó de bueno en su paseo por la isla.

-Muchas cosas buenas. Dormí debajo de un árbol y descansé verdaderamente. Respondió Néstor con aire despreocupado.

-¿Nos podrías ayudar a preparar los anzuelos, que te parece? –le preguntó Jorge.

-Lo lamento mucho, pero no voy a colaborar con ese fin. No soy muy experto en manejar anzuelos, una vez me clavé uno que me dolió espantosamente.

-Bueno, si no vas ayudarnos, andá a bañarte ¡santurrón! –Le recriminó Fabián con tono burlón sin llegar a ser agresivo.

-Mirá, yo no vine a pescar. Vine a pasar dos días en compañía de ustedes, pero fundamentalmente quiero distraerme y estar tranquilo. Discúlpeme que no les ayude pero la verdad no me gusta la idea de sacar peces del agua por una cuestión de deporte, bueno, aunque sé que los comerán también.

-Todo bien –agregó Jorge- No te hagas problemas, amigo. Ya te conocemos y sabemos que hay ciertas cosas que no vas a compartir. Solo estábamos intentando comprobar si en algo habías cambiado, pero vemos que estás igual. No estamos enojados ni tampoco

queremos presionarte para nada. Cada uno con su rollo. Nosotros nos vamos de pesca y chau.

-Así es. Solo resta elegir un buen lugar y llevar todo para allá ¿No te parece Jorge? – apuntó Fabián.

-Exactamente, ¿Por qué no venís con nosotros, Néstor?

-No, les agradezco mucho, pero quiero hacer otras cosas antes de irme de aquí. Vayan ustedes tranquilos que yo los espero acá cuidando la casa.

-Eh! Pero no creo que venga alguien. Estamos totalmente solos en un buen radio de islas. Ni los marcianos pueden andar por aquí. –Dijo en tono de broma Fabián mientras se disponía a salir.

-Ah! No sé. Por estas islas viene mucha gente los fines de semana. Además, ¿nunca escucharon lo que se cuenta sobre naves extrañas que sobrevuelan por estos lugares o de luces raras que emergen del río y salen volando verticalmente como bengalas gigantes? –comentó Néstor aunque nunca había hablado de ese tema.

-No. Y la verdad no me interesan esas cosas. No creo en esos cuentos. Chau, ¡nos vemos luego! Y mientras Fabián expresaba incredulidad y poco interés, ambos cruzaron la puerta y se fueron lo más campantes a pescar como lo habían planeado.

Por el camino, iban hablando de temas comunes como la última vez que habían pescado y otras cosas. También hablaban de las ideas de Néstor, el que siempre había sido medio loco, pero temían que ahora se hubiera vuelto loco de remate. Reían con la soltura propia de quien se despreocupa de todo porque de esa manera acentúan que están de vacaciones, aunque esa vacación no sea más que un fin de semana. La verdad era que no tenían ninguna enemistad con Néstor. Él siempre había sido un loco pacífico y lo único que quería era pasar por la vida tranquilamente. Eso lo sabían bien y así lo aceptaban.

Llegaron a un paraje tranquilo y salvajemente poblado de árboles y plantas. A lo lejos se oía el ulular de los búhos. Una chicharra cortaba con su canto, el aire denso y cálido de la isla, anunciando con ello, más calor para el día siguiente. Con una linterna, Jorge, iluminó el pequeño riacho que surcaba el lugar y para sorpresa de ambos vieron que estaba lleno de peces de gran variedad. Se los veía tan cerca que daba ganas de sacarlos del agua con las manos.

En la casa, Néstor, escrutaba la soledad reinante. “El sonido del silencio” pensó, pero en verdad no había silencio. Los pájaros aún cantaban en las ramas, el crujir del techo por efecto del viento, los búhos, el correr del agua en el río. No. No había silencio alguno, todos esos eran los sonidos de la vida. Solo faltaba la voz humana y el único humano allí era él, sin embargo, no tenía voz en ese momento. Apagar la propia voz es la manera de oír las otras voces.

El zumbido incesante de los mosquitos hizo que recordara buscar, por las dudas, el repelente de esos molestos insectos, pero para qué, pensó, si a él nunca los picaban los mosquitos. Aún así, encendió un espiral y lo dejó en el piso para ahuyentarlos. Encendió una lámpara de gas y la llevó a la habitación. Allí la puso cerca, sobre una mesa muy pequeña. Se recostó en la cama e intentó leer alguno de sus libros. Tenía sueño a pesar de haber pasado el día descansando a la sombra del árbol en horas de la siesta. Intentó leer pero el caluroso día, la noche silenciosa y el resto de cansancio hicieron que se durmiera enseguida.

-¿Te acordás de aquella vez que la profesora de matemáticas cumplió años, y nosotros le hicimos un regalito? ¡Casi llora, pobre mujer! –preguntó Jorge un poco nostálgico.

-Sí, me acuerdo, que terribles éramos, ¿y te acordás la vez que le pusimos agua en la silla de la vieja González? ¡Cómo se puso de furiosa cuando se sentó y se dio cuenta que estaba mojada! Casi pega un alarido de bronca. Parecía Tarzán en medio de la jungla.

-Menos mal que solamente era agua, ¿te imaginas si hubiéramos puesto otro líquido?

-Esa idea no se me había ocurrido pero menos mal que no lo hicimos. ¡Qué tiempos aquellos! Parece que el tiempo no hubiese pasado tan rápido. Si hasta parece que fue ayer nomás cuando os encontrábamos en la esquina, o cuando íbamos al bar de Antonio cuando nos escapábamos de la escuela.

¡Hey! ¡Me parece que pesqué algo bastante grande! ¿Qué será? –decía Jorge mientras intentaba incorporarse con rapidez.

-Y bueno, empezá a tirar, yo te ayudo.

-Sí, sí, pero es muy fuerte... ayudame. Este anzuelo es muy bueno, ¡viste te dije que pescaríamos algo grande con un anzuelo tan caro!

-No digas pavadas, ¡che! ¿Qué tiene que ver el anzuelo? Porque el mismo sea bueno no significa que pescarías un tiburón ni tenés garantizada una buena pesca.

-Dejalo que tiree un poco, y cuando se quede quieto, tirá con fuerza para arriba.

-¿Y si se escapa?

-¡Qué se va a escapar! El anzuelo tiene un gancho tremendo. A lo sumo se le va a lastimar un poco la boca.

-Ya está, ¡mirá que pedazo de bagre había sido!

-¿Y por eso tanto alboroto? –Fabián reía y Jorge se sentía a gusto con su pesca.

-Creo que ahora pesqué algo yo. Dijo Fabián con ansias.

Cuando tiró de la tanza, vio algo que no era un pez. Estaba colgado en la punta de la línea. Con curiosidad lo sacó y lo puso en el suelo. Con asombro comprobó que era un cangrejo bastante pesado y que se había enredado con el anzuelo. Le costó sacarlo, desenredarlo y cuando por fin lo logró, no tuvo ningún miramiento en darle una patada que lo arrojó nuevamente a las aguas.

Después de haber reído y acomodarse nuevamente en sus lugares, quedaron un rato en silencio. Encendieron un cigarrillo y continuaron esperando a que se produjera el mejor momento de todo pescador: dar con un buen pez.

Habían pescado siete peces en dos horas. Estaban a punto de quedarse dormidos cuando lo inesperado llegó. El horror apareció cuando no era un ingrediente conjugado en aquellas circunstancias. Una fuerza poderosa, incontrolable, los atrapó sorpresivamente. Sintieron que una pinza enorme los aprisionaba uno con el otro sin poder precisar qué era exactamente eso. Gritos de dolor y horror se mezclaron en el bosque y el río se iluminó con un fulgor verde desde el espacio. La fuerza ejercida por esa pinza hizo que a ambos se le quebraran las costillas, a Fabián, el brazo derecho y a Jorge se le quebró el brazo izquierdo. Jamás habían experimentado tanto dolor y desesperación. El llanto de ambos no era descriptible. Era puro dolor y desesperación. ¿Cómo zafar de esas garras metálicas? La sangre de ambos se escurría en el aire, cayendo al vacío y mezclándose con las aguas del río. Fueron levantados velozmente y estaban siendo transportados en el aire. La pinza parecía que cada vez apretaba más y más. Fabián tenía la cabeza inclinada hacia atrás y por la boca empezaba a emerger la vida de color carmesí. Jorge ya no podía hablar. Cerraba los ojos apretando fuertemente sus mandíbulas y solo sollozaba perdiendo por momentos la noción de tiempo y espacio. Ambos estaban por desmayarse.

Estaban sentados, pescando a la orilla de un río. No le hacían mal a nadie. Una pinza metálica de color negro, enorme, los atrapó, los desangró, les quebró los huesos y sin ninguna piedad, los levantó por los aires y se los llevó.

Después de varias horas, Jorge reaccionó. Quiso hablar con su amigo, lo llamó por su nombre, pero Fabián ya no contestaba nada. Había muerto en el aire mientras esa cosa los transportaba. Jorge quería comprender qué cosa pasaba por ahí. Jamás en su vida se acordó tanto de Dios. Estaban tirados dentro de lo que aparentemente era una habitación, sobre un extraño colchón. Jorge quiso incorporarse pero no podía moverse, sus brazos no soportaban el dolor. Aún así, intentó levantar un poco la cabeza y mirar para sus lados, y con un horror y pánico comprobó que no estaban solos. Debajo de él y a lo largo y ancho de la habitación estaba lleno de cuerpos humanos. Sintió deseos de llorar y de implorar estar fuera de allí. Quería morir, quería escapar, quería saber, quería no sentir más tanto dolor. Él estaba despierto, pero su amigo ya no respondía

más. ¿Y Néstor, qué le habría ocurrido al pobre Néstor? En esos momentos pasaba por su mente toda su vida como una sucesión de hechos atesorados en su interior, aún los más triviales, eran para él lo más preciado porque cada cosa vivida era parte de su vida y cada cosa vivida le había dado vida. Ahora frente a esa situación su mente respondía trayendo recuerdos de la vida, tal vez porque se estaba despidiendo de ella. La luz de sus ojos se apagaba aunque todavía se resistía a morir. Estaba allí tirado al lado de su amigo, mirando hacia arriba como esperando la mano de Dios por sobre todo aquello que se compadeciera de ellos, cuando de pronto, oyó una voz suave pero potente que retumbaba en toda la habitación. Una voz que provenía de algún lugar sin poder precisar de dónde.

-Mamá, ¿Cuándo estará lista la comida?

-Enseguida querida, enseguida.

-¿Vas a hacer lo que papá pescó anoche?

-Sí. Ahora vete a jugar y luego yo te llamaré cuando esté lista la comida.

De pronto, una mano enorme apareció desde arriba y en un puñado tomó varios cuerpos y los sacó de allí. No se trataba de una habitación, era una canasta metálica.

El aire resultaba escaso como para seguir respirando, el miedo y la desesperanza hacían que a Jorge no le quedaran ganas de vivir. Se quería morir y rápido. Ya no soportaba más. Otra vez la mano apareció y en un arrebato tomó los cuerpos de Jorge y Fabián más otros que estaban cerca. Fueron sacados de allí y depositados en un lugar blanco y frío como el mármol. Con asombro y repugnancia, Jorge vio como eran lavados debajo de un chorro de agua y preparados como se preparan los peces antes de cocinarlos.

Jorge en su desesperación quiso dar su último grito de socorro y de espanto. Quiso tirar su alma por la boca pero no lograba articular sonido alguno, solo jadeos roncros y llanto apagado asomaban en su rostro martirizado. No tenía más fuerzas, ni siquiera para gritar, pero lo que sí consiguió fue escapar por aquel suspiro, el último que dio. En su intento de gritar, murió.

El rostro de Néstor bajo la luz mortecina de la habitación estaba todo sudado, su cara tenía una mueca siniestra como si estuviese viviendo el horror más grande en sus sueños. Se levantó de la cama de un salto al tiempo que lanzaba un grito desesperado: ¡Nooo! Como negando con toda su alma alguna visión. Salió de la cabaña y corrió hacia el lugar al cual habían ido sus amigos. Cuando llegó, al contrario de la sangre y horror que él creía iba a encontrar, los halló sentados, durmiendo. El río se había llevado sus cañas de pescar.

FIN